

sitaba de aquéllas para creer ciegamente en mi palabra.

Bien ves que nada tienes que temer de la autoridad de sir Ricardo sobre Juana. El señor Brundel no puede ni reconocerla ni adoptarla sin que se adivine el secreto de su nacimiento. Seguirá siendo nuestra para siempre.

—¡Ay! no tanto como crees—respondí tristemente;—está entusiasmada con ese padre romántico y fatal, y como es libre, puede seguirle al extranjero y llamarle allí «padre mío.» Creo que muy pronto le preferirá á nosotros.

—¡A mí no!—replicó vivamente mi madre;—desde que Juana conoce su historia, me quiere mucho más, y juró no separarse de mí en su vida.

—Pero será porque tú la sigas á todas partes, y yo entretanto me quedaré solo y abandonado de mi familia ahora que la quiero más que nunca.

Mi madre trató de tranquilizarme; pero la ví muy fatigada por la falta de sueño, y quise dejarla que durmiese las pocas horas que faltaban para que llegase la mañana.

Me despedí diciéndole que estaba muy contento y que la amaba más que nunca, pero llevando en el fondo de mi corazón una tristeza que no era fácil disipar.

XVII.

Al día siguiente mi madre y Juana salieron para Montpellier para asistir, como habían prometido, al matrimonio de Manuela con el señor Brundel.

La ausencia de mi familia no debía durar más que algunos días.

Traté de distraerme durante ella con el estudio y el paseo; pero á mi pesar me sentía invadido por una profunda tristeza.

Tenía desgarrado el corazón y sentía que copiosas lágrimas rodaban por mis mejillas sin que yo pudiera definir bien la causa.

La verdad, de que hoy puedo darme cuenta perfectamente, es que amaba á Juana con toda la fuerza de mi alma; pero mi amor estaba impregnado y como santificado en la costumbre de amarla como á mi hermana.

Mi madre había fijado el día en que vendrían; pero ese día llegó y las esperé en vano. Volví muy triste pensando que el señor Brundel las habría retenido y que Juana se habría quedado gustosa por complacer á su padre.

El correo del día siguiente me trajo una carta de mi madre que leí con avidez y estupor.

«Retardamos nuestra marcha hasta mañana; pero no quiero que estés intranquilo y aprovecho unos momentos para participarte el extraño acontecimiento que ha ocurrido.

Llegamos muy bien á Montpellier, y tu hermana loca de contenta por asistir al matrimonio de su padre. Sir Ricardo vino á vernos un instante al hotel en que estamos, y nos dijo que todo estaba ya preparado para el día siguiente. Después de la ceremonia saldrían en silla de posta para ese chalet que sir Ricardo ha alquilado cerca de nuestracasa.

El señor Brundel nos dijo que quería que el matrimonio se hiciese con alguna ostentación, para lo cual había invitado algunos amigos. La desposada tenía ya preparado el magnífico traje que había de llevar al templo.

A las cinco de la mañana oímos unos golpes en la puerta de nuestra habitación y la voz de sir Ricardo que decía:

—Vestíos pronto y venid á mi casa. Tengo que hablaros.

Y se alejó precipitadamente.

Habita una preciosa casa que ha alquilado á un kilómetro del pueblo.

Cuando llegamos á ella nos estaba esperando en la puerta y nos hizo subir á su habitación.

—Nadie os conoce aquí—nos dijo;—de modo que podéis pasar muy bien por unas amigas ó parientas que han acudido á mi ruego para cuidar á Manuela, gravemente enferma.

Juana se levantó precipitadamente diciendo que quería verla, pero su padre la detuvo diciendo:

—No la busques, es inútil. No está aquí, ni volverá jamás. Ha huido esta noche con Dolores, y he aquí la carta que me ha dejado.

Al decir esto hablaba con la más perfecta calma y su rostro no denotaba la más leve alteración.

Nos mostró la carta de Manuela, que transcribo fielmente.

«No, no abusaré más tiempo de vuestra paternal bondad; comprendo que no sentís amor por mí, y sería una mujer despreciable si abusase más tiempo de vuestra sublime bondad. Parto con quien me dará el amor en el matrimonio, y creo cumplir mis deberes con vos y probaros en este acto mi agradecimiento sin límites, mi respeto y mi inalterable ternura filial.»

—Ha partido tan misteriosamente, que nadie lo ha notado en la casa; la casualidad ha querido que John, que era el encargado de dar unos golpes

en su puerta para despertarla, haya descubierto su ausencia, y sin enterar á nadie absolutamente me haya traído una carta que ha encontrado sobre la mesa del gabinete de Manuela. Entonces hemos cerrado sus habitaciones, prohibiendo que nadie se acercase á ellas ni hiciese ruido, pues la señora estaba muy enferma..... He mandado llamar á Vianne, que no debe tardar en venir mientras que vosotras me ayudáis á escribir á todos los invitados, diciendo que mi prometida ha sido acometida repentinamente de una grave indisposición, por lo cual el matrimonio se retrasará hasta su restablecimiento. Durante unos días voy á ser la fábula del pueblo; pero ¡qué le vamos á hacer! Quedaos hoy y mañana en mi casa; no veremos á nadie y nos servirá John solo. Los demás criados creerán que la enferma está en su cuarto. Pasado mañana partiremos todos al amanecer, diciendo que vamos á llevar á Manuela á tomar baños de mar por prescripción del doctor Vianne.

Juana estaba inquieta al ver la exagerada presencia de ánimo de sir Ricardo. En cuanto á mí, adivinaba que si había recibido un triste desengaño, en cambio se sentía aliviado de un gran peso.

Escribimos todos los billetes, que él firmó.

Todos los criados salieron, excepto John, para

ir á la alcaldía, al templo y á todas partes donde era necesario avisar que la ceremonia se había suspendido.

Esperamos á Vianne para que nos ayudase á salvar las apariencias, pero no vino, pues había partido la noche anterior para asistir á un enfermo grave.

Entonces sir Ricardo nos dijo con singular sonrisa:

—¿Qué pensáis de esto?

—Nada—respondió Juana;—que es una fastidiosa casualidad.

Sir Ricardo me llamó aparte.

—Es Vianne—me dijo riendo sin afectación—el que se ha escapado con Manuela.

Le respondí que no era posible.

—Al contrario—me dijo,—es la única cosa posible.

—¿Pero por qué? ¿Acaso no veía á nadie más que á él?

—Veía á otros muchos, pues ahora salía á menudo y recibía visitas. Estoy seguro que muchos jóvenes la habrán mirado con amor; pero sólo uno debió sentir por ella la pasión repentina é irresistible que hirió á vuestro hijo: el doctor Vianne. Decididamente la facultad estaba destinada á eter-

nizar mi celibato. ¡Gracias sean dadas á Dios y á ella!

—¿Pero cómo el doctor Vianne, tan frío y tan positivo, ha podido.....?

—Precisamente por eso mismo. Se ha burlado tanto del amor delante de la joven, que ha inoculado en ella la necesidad que experimentan la mayor parte de las mujeres de vencer al que resiste. Vuestro hijo se hubiera casado con Manuela por cumplir con un deber; pero Vianne obra más resueltamente obedeciendo á una pasión verdadera, tanto más violenta cuanto más ha luchado contra ella. Es un muchacho muy bueno, y Manuela será feliz con él; pero no pensemos más en ellos. Desde ahora os pertenezco para siempre. Escribid á mi querido Laureano que ya no habrá más mujeres entre nosotros, á Dios gracias. Iré donde queráis. Mi chalet al lado de vuestra casa me espera. Nada se opone á que partamos juntos.

Esto, hijo mío, es todo lo que ha pasado. Saliremos de aquí pasado mañana, y dejaremos á sir Ricardo en su nueva residencia para ir á abrazarte una hora después.

¿Por qué no sales á esperarnos á ese chalet, donde sir Ricardo piensa pasar el verano, y así nos veríamos una hora antes?»

No vacilé, y al día siguiente, á la caída de la tarde, estaba camino del chalet, más tranquilo al pensar que volvería á ver á Juana, y sintiendo renacer por completo mi antigua amistad con el señor Brundel, al cual esperaba abrazar con el mismo cariño que en otro tiempo.

En cuanto á lo que el señor Brundel decía de Vianne, yo no creía una palabra; pensaba más bien que Manuela había huido de aquel matrimonio sin amor, que era al mismo tiempo su ambición y su espanto, fingiendo generosamente aquella mentira para que sir Ricardo quedase más tranquilo.

El chalet del señor Brundel estaba encantador, con todas sus ventanitas iluminadas, pues ya había anochecido por completo.

Ví el coche que traía á mis viajeros, y me dirigí apresuradamente á él.

Sir Ricardo se arrojó en mis brazos, llamándose su querido hijo, y parecía alegre y feliz como nunca.

En el chalet nos sirvieron una buena cena, que todos comimos con apetito. Después sir Ricardo cogió una luz para ver cómo estaba dispuesta su nueva casa. Todos le seguimos, y cuando llegamos á un precioso y alegre gabinete, dijo, dirigiéndose á mí:

—Esta será vuestra habitación, pues supongo que seguiréis siendo mi médico y mi compañero.

—¡Pero si estáis curado!—le dije.

—Sí, pero á condición de no vivir solo.

Y añadió en voz baja:

—Además es necesario. Ya os dirá vuestra madre por qué.

Yo estaba impaciente por saberlo, y en cuanto estuvimos solos interrogué á mi madre.

—Porque es necesario que la gente vea que sir Ricardo era tu mejor amigo antes de conocernos á nosotras, y de ese modo evitaremos las murmuraciones del mundo.

XVIII.

Encontré muy duro que me alejasen así de Juana una parte del día, pero me sometí.

Ibamos á mi casa todos los días, pero nunca me encontraba sólo con Juana, y veía el cariño de ésta tan repartido, que empezaba á encontrar mi parte en él demasiado pequeña.

Traté de distraerme y no acompañé algunas tardes al señor Brundel con pretexto de mis excursiones botánicas.

Así pasó el verano, y yo me sentía cada vez más inquieto y nervioso. El sueño y el apetito me habían abandonado insensiblemente.

Una tarde que el señor Brundel había ido á hacer á mi madre su visita diaria, y que pretextando un trabajo no le había yo acompañado, sentí un gran desprecio de mi mismo y quise á toda costa vencer mi desaliento. Me dirigí á nuestra casa, y pronto llegué á la puertecilla del jardín; pero me sentí de repente tan débil y tan trastornado, que sólo tuve tiempo de entrar y de echarme sobre el césped para no caer. Allí me quedé con la frente cubierta de un sudor frío, cuando ví que el señor Brundel pasaba hablando con mi madre y ambos se sentaban en un banco á dos pasos de mí. No tuve fuerza para levantarme, y me quedé inmóvil para no hacer ruido y asustar á mi madre si me veía allí tendido.

—La prueba es más que suficiente—decía el señor Brundel.—El pobre muchacho la ama hasta el punto de haberse puesto enfermo..... ¡No hay más remedio que casarlos!

—Ya conocéis mis escrúpulos—dijo mi madre.—Habéis asegurado á Juana una gran fortuna, y mi hijo y yo somos pobres.....

—En cambio vuestro hijo tiene su apellido y

padres conocidos, y la pobre Juana es una niña expósita. Lo único que nos interesaba saber es si el la amaba realmente, y si después de haberla querido como hermana podría adorarla como mujer. Juana se empeña en decir que ella quiere más ternura que pasión, y sin saberlo, es toda fuego y amor. Su hermano ha sido el sueño de su vida entera, y desde que ella me lo dijo, sólo he pensado en unirlos..... ¡Figuraos cuál sería mi sentimiento al verle enamorado de otra! Afortunadamente sólo ha sido una ráfaga pasajera, y el sol ha salido después más radiante que nunca.

Yo me había levantado y aproximado á ellos sin hacer ruido; caí de rodillas ante aquel excelente hombre á quien tanto tiempo había desconocido, y prorrumpí en sollozos.

—¡Oye!—me dijo entonces abrazándome con ternura—el piano de Juana no suena ya, y eso es que ella viene á buscarnos. Creo que has dudado á veces de su afición, y ahora puedes oirla hablar con libertad. ¿Dónde estabas antes oculto?

Expliqué que no había tratado de ocultarme, sino que había caído allí rendido de fatiga.

—Pues bien, vuelve á tu escondite y no te muevas.

Obedecí.

A poco llegó Juana y la hicieron sentarse entre los dos.

—¿Estamos hoy tristes?—le dijo sir Ricardo.—Había algo como quejas y desaliento en la improvisación que hemos oído desde aquí. ¿Es porque no ha venido hoy?

—¡Sí, por eso es!..... Mamá se ha creído obligada á persuadirle de que yo no era su hermana, para que nunca se le ocurriese amarme..... y por lo visto, lo ha conseguido, porque nunca me amaré de otro modo.

—Y sin embargo, está muy celoso de mí—dijo el señor Brundel.

—¿Acaso los hermanos y las hermanas no tienen también sus celos?

—¡Pero si está enfermo de tristeza por no estar aquí á todas horas!

—O bien porque ama á otra persona á quien va á ver á las horas que podría estar aquí.

—¡Ah Juana!—exclamó mi madre—¿También tú estás celosa?

—¿Por qué no he de estarlo?

—¿Y tus teorías sobre el amor desinteresado y sobre el egoísmo que debe vencerse..... sobre el gozo de sacrificar la dicha propia por la de los demás?.....

—Sí—dijo Juana levantándose,—yo seré capaz de eso; que él me confíe sus amores, y yo le serviré todo lo que pueda, encontrando fuerza en mi sacrificio.

—¿Y entonces serás dichosa? ¿No ya cuando le hayas consumado, sino cuando veas á Laureano á los pies de otra?

—Sí—dijo Juana haciendo un esfuerzo.

—¿De veras? Piensa que es muy grave lo que dices.

Juana se había levantado.

—¿Dónde vas?

—No sé—respondió con voz sofocada,—necesito llorar. Es una cobardía, lo sé; pero nunca he prometido que no tendría momentos de debilidad y de sufrimiento. ¡Si la virtud no nos costase nada, no tendría ningún valor!

—¿Pero y si costase la vida?—preguntó el señor Brundel deteniéndola.

—Si costase la vida.....—exclamó Juana,—¡sería la mayor felicidad!

—¡Ah! Juana mía, esa es desesperación.

—¡Tal vez!—exclamó, estallando por fin en amargos sollozos;—pero decíme la verdad..... quiero saber á quién ama.....

—¡A tí, á tí sola!—exclamé yo estrechándola

entre mis brazos, en los que se desvaneció sofocada por la dicha.

Yo no estaba mucho más fuerte que ella, y nuestros padres tuvieron que sostenernos á los dos.

Después nos hicieron sentar en el banco y se alejaron. Eran tan felices como nosotros.

Siempre recordaré aquella primera efusión de nuestras almas, como un sueño encantador en el que nos vemos transportados á un mundo ideal.

A los pocos días se publicaron las amonestaciones con la alegría más grande por parte de todos.

En el pueblo se extrañaron mucho al principio, pero no nos fué muy difícil explicar á nuestros amigos que Juana no era mi verdadera hermana, sino una niña á quien mi madre había adoptado para consolarse de la tristeza que le produjo la muerte de su segunda hija.

El señor Brundel sigue siendo nuestro bienhechor, y todos atribuyen su cariño por nosotros á los cuidados que ha recibido de mí, lo cual me ha valido más reputación que si hubiese hecho curas admirables.

Desde entonces soy el más dichoso de los esposos y de los hijos, y el más ocupado de los médicos. Hemos comprado una casa mucho mejor y

más próxima al chalet del señor Brundel, lo cual nos permite estar á su lado á todas horas. Espero prolongar bastante la vida de este noble anciano para que vea crecidos á sus nietecitos. Pero no debo terminar esta historia sin que conozca el lector una carta de Vianne que recibí en Pau algunos días después de mi matrimonio.

«Ahora, amigo mío, comprenderás la causa de que yo renunciase sin pena á la que tú mirabas como tu hermana. Ya te habré dicho ella que al verme muy afectado por sus vacilaciones, y conociendo la firmeza de mi carácter, se dignó confiarme el secreto de su nacimiento y el de su cariño hacia tí. Preséntale el homenaje de éste que para vosotros será siempre el mejor de los amigos.

» En cuanto á mí, he creído necesario fijar mi destino, y me he establecido en Montpellier, donde estoy casado con una buena, bonita y amable persona que tú conoces. Me la llevé la víspera del día en que debía verificarse su matrimonio con ese excelente y caballeroso inglés, que tal vez no me querrá mucho, y hace mal, pues le he hecho el mayor favor que un hombre puede prestar á otro: el de preservarle de una locura que pudiera haberle sido tan funesta como era generosa.

» Manuela conoce el mundo demasiado poco

para que pueda pasarse sin un constante consejero. Me consulta, pues, sin ocultarme ni un ápice de las inocentadas y ligerezas de su vida, que ya conocía yo. No se presentó á mis ojos como á los tuyos bajo el aspecto de un enigma que te desvelabas por descifrar. Yo la he tomado como es, para decirle sin ironía ni temblor nervioso verdades menos duras, pero más positivas que las que tú le has dicho. Le he ofrecido, no mi culto idólatra, eso hubiera sido mentir, ni mis caricias apasionadas, pues soy poco expresivo, sino sencillamente el matrimonio. La pobre ha tenido miedo y no se ha decidido hasta última hora; pero por fin, la víspera de casarse se vino á mi casa á las dos de la madrugada, acompañada de su doncella. Alabé su determinación, y una hora después tomábamos el camino de Italia, dejando al novio sorprendido sin duda, pero libre.

» No la engañé; me he casado con ella, con gran escándalo de mis paisanos, que no la presentarán á sus mujeres; pero los aguardo tranquilamente para el día en que tengan una enfermedad que yo hubiese sabido conjurar. Entonces ya veremos la acogida que tendrán que hacer á esta mujercita mía, tan dulce, tan tímida y tan graciosa. He preferido á Manuela á ninguna otra mujer, porque es

un ser que no tiene ningún lazo con el mundo social, ni sabe apreciar las cosas humanas. De este modo me pertenece por completo; no ve más que por mis ojos, no oye más que por mis oídos, ni entiende más que por mi boca. Es una parte de mí mismo, y á fuerza de cuidados y de cariño he logrado curarla por completo, y al verla se diría que tiene quince años. Está loca de contenta con la esperanzas de un bebé que será su ideal y que tendrá dos madres, pues conservo á mi lado á la terrible Dolores.

»Todo lo que aquí te digo es para tí solo, y quiero que lo sepas para que no creas que tendré que arrepentirme de lo que tú llamarás mi locura. Por mi parte no dudo de tu felicidad, aunque esa palabra *felicidad* designa un absoluto que no existe pues es una cosa puramente relativa.

»Que Dios os conserve á todos en el más perfecto estado de salud, como desea tu mejor amigo— VIANNE.

P. S. Mi mujer me pregunta que si puede enviarte su amistoso saludo. La autorizo para ello, y dentro de diez años, recuerda la fecha, iremos á estrecharos las manos, y las cosas que hoy parecen penosas ó delicadas pasarán entonces porque nunca han sucedido.»

Esta carta, que me creí en el deber de enseñar á á sir Ricardo, tranquilizó á éste sobre la suerte de Manuela, por la cual se interesaba siempre.

Hace algunos años, queriendo poner en orden sus negocios, el señor Brundel, con su nunca desmentida bondad, nos pidió permiso para restituir por una disposición testamentaria, la dote que siempre había destinado á Manuela y que Vianne no hubiera aceptado bajo esta forma. De acuerdo con Juana fué convenido que aquel legado debía hacerse.

Es cierto que Vianne tiene razón en mirar la felicidad como una cosa relativa; pero á Juana y á mí nos parece que existe una dicha que se escapa de todas las definiciones humanas, y es la que consiste en la constante aspiración á los altos goces del corazón y del espíritu.

FIN.

